

PARAGUAY: OTRA VEZ STROESSNER



Stroessner se ha hecho elegir Presidente del Paraguay por cinco años más. Lleva diecinueve en el poder, llevará veinticuatro, y sin duda será reelegido nuevamente en 1978. No hay razón política ninguna para que no sea así, y si la hubiera, Stroessner la suprimiría.

En los primeros años de este siglo llegó a Paraguay un inmigrante alemán, y su espíritu prusiano, disciplinado y rígido, chocó con el relajado sudamericano. El inmigrante Stroessner decidió imbuir ese espíritu en su hijo Alfredo, cuando lo tuvo de una india guaraní con la que se casó: de esta manera se produjo el dictador más metódico, trabajador y sólido del país, quizá de toda Sudamérica, aunque no exento del pintoresquismo de su contorno político. Iba a producir una dictadura que algunos consideran como original: mantiene una cierta oposición, permite la existencia de partidos políticos —excepto el comunista, que ya estaba fuera de la ley cuando él llegó al poder—, en la prensa se permiten moderadas críticas a la acción del Gobierno y hay una muy controlada libertad de expresión en los medios políticos. Solamente que nada de esto alcanza, en realidad, al poder. Los resortes de este poder son el control de toda la fuerza y del dinero, una Policía política eficaz —los pyragues, o gente de pie peludo, en idioma guaraní: Paraguay es bilingüe y se habla y se escribe en guaraní y en castellano—, una justicia expeditiva que pocas veces encierra en la cárcel —se calcula que hay sólo unos cien detenidos políticos, comunistas o acusados de complicidad con el comunismo: eso sí, muy mal tratados y con largos años de prisión encima—, sino que manda la gente, en el espacio de horas, a los países vecinos. Hay unos cuatrocientos mil paraguayos exiliados: una cifra impresionante para un país de dos millones de habitantes. Aunque las guerras de la Triple Alianza (Paraguay contra Brasil, Argentina, Uruguay) tienen ya cien años de antigüedad, y la del Chaco (contra Bolivia) tiene casi cuarenta, sus consecuencias han sido muy duras para la nación, y aún se notan. Fueron movidas por manos extranjeras —por ejemplo, la del Chaco era una cuestión petrolera; y Francia movía a Paraguay mientras Alemania utilizaba a Bolivia— y causaron tales destrozos y tal mortandad, que la demografía no ha repuesto nunca más el equilibrio, y la pobreza ha mordido severamente las tierras paraguayas. Son muchos años de retraso.

Stroessner, cadete por decisión de su padre, fue oficial en la guerra del Chaco; llegó a capitán en ella. Bajo la dictadura de Moriñigo, en 1940, llegó a coronel. Hubo una reacción de la izquierda, Stroessner luchó contra los sublevados y fue citado por su valor y «su brillante comportamiento en la represión de amotinados y comunistas». Cayó finalmente Moriñigo —en 1948— y siguió un confuso período: siete Presidentes en seis años. El séptimo fue ya Stroessner, que era ya general jefe de las fuerzas armadas, y no se movió nunca más del poder. Fue Presidente por golpe de Estado, en 1954: estableció un estado de excepción permanente, suprimió las garantías constitucionales y los partidos políticos, aplastó por la fuerza las huelgas y los conatos de guerrilla, depuró el país, se unió estrechamente a los Estados Unidos —mandó un cuerpo expedicionario a Santo Domingo para sostén, sobre todo moral, del Presidente Johnson, que había enviado allí sus «marines» para impedir el movimiento democrático de Bosch— y, finalmente, inventó la democracia. En las elecciones de 1963 decidió que debía haber oposición. Los partidos políticos recusaron esa acción, porque les parecía una farsa. Pero se encontró entre ellos, sobre todo entre los liberales —opuestos a los «colorados» o conservadores, que representan a Stroessner— quienes se prestaran. Stroessner consiguió el 90 por 100 de los votos, su rival designado, Ernesto Gavilán, el 10 por ciento: fue recompensado con la Embajada en Londres. Algo así sucedió

en las de 1968. Y el Presidente Johnson llamó a Stroessner a Washington y le invitó a almorzar para elogiarle así, públicamente, por el regreso a la democracia.

Este regreso se ha continuado en circunstancias parecidas en las elecciones posteriores, y acaba de producirse una vez más. El partido liberal radical había presentado a las elecciones al doctor Gustavo Rlart, y el liberal al doctor Carlos Levi Ruffinelli, mientras otros partidos menos proclives a esta forma peculiar de democracia —el revolucionario febrerista, el demócrata cristiano, el club liberal Alón— pedían al pueblo que votase en blanco. Stroessner ha triunfado nuevamente sin dificultad alguna.

No todos los resortes del poder de Stroessner consisten en la represión, en el mando absoluto, en la Policía política y el manejo de la oposición. Stroessner es un gobernante-eficacia. Maneja las obras públicas con la solvencia de un dictador clásico. Ha multiplicado las carreteras —aunque sean aún insuficientes—, una estación depuradora de aguas para Asunción —que no tenía agua corriente—, y una central eléctrica en Acaray, que cubra las necesidades de los núcleos próximos del país y exporte a Brasil. Ha realizado una reforma agraria por la que ha repartido tierras a 40.000 familias; pero aún las tres cuartas partes del país están en manos de 1.500 propietarios: once haciendas ocupan el 35 por 100 del Paraguay Oriental —la gran zona agraria de buena tierra—, y las diferencias entre pobres y ricos siguen siendo enormes. Gracias a la amistad de Estados Unidos y a la pertenencia a una misma familia política, el Brasil ha concedido a Paraguay el puerto franco de Panagua —el gran drama paraguayo es no tener salida al mar—. No hay problemas raciales: el indio guaraní, aun en vías de extinción, es comúnmente respetado y querido, aunque su acceso a puestos de mando o responsabilidad no se produce en la práctica. Stroessner, aunque practica y deja practicar un considerable culto a la personalidad, es persona a la que se atribuye una vida frugal, retirada y sin grandes ambiciones económicas. Se acepta generalmente en los medios de la oposición que el general detuvo la corrupción antigua, y que la que pueda haber ahora no es, en comparación con la de años anteriores, más que una sombra. Incluso que el dinero dado por los Estados Unidos, por la Alianza para el Progreso, se utiliza mejor y tiene menos pérdidas que en otros países sudamericanos.

Sin embargo, creen los críticos de la oposición que este salto adelante —moderado— que ha podido dar el medieval Paraguay en los años de Stroessner no es sino una consecuencia del desarrollo general y del interés de los Estados Unidos, del avance de la ciencia y de la técnica y de las inversiones extranjeras, y que esto mismo, conducido por un régimen auténticamente democrático, hubiera podido ser no el modesto paso que es, sino un enorme avance. En los sectores más radicales de la oposición se habla de la «corrupción invisible», y de que la Policía política y la justicia expeditiva son mucho más duras de lo que se cree: muchas de las personas a las que se supone exiliadas o emigradas están, en realidad, en el «infierno verde», en la jungla, donde se supone que hay grandes campos de concentración. Y explotaciones dirigidas por nazis alemanes, a los que Stroessner protegió siempre de las persecuciones internacionales contra los criminales de guerra.

En los últimos años, la Iglesia católica se ha incorporado a la oposición en su mayor parte. Como ha sucedido en otros países de América Latina, la Iglesia reacciona contra las dictaduras y busca formas de convivencia más adecuadas a un cristianismo social. El hecho de que la democracia cristiana haya recomendado la abstención en las elecciones de la semana pasada se considera como muy revelador. ■ JUAN ALDEBARAN.